



JESUS HELLIN 2023

**Manuel M. Cuerno.** De pequeño fue diagnosticado con TDAH y altas capacidades. Ya en la universidad, se doctoró en matemáticas

## Manuel Cuerno: doctorado en Matemáticas

■ Manuel M. Cuerno, 29 años, fue uno de los primeros de su clase en recibir un diagnóstico de TDAH, cuando tenía “cuatro o cinco años”. “Una profesora de infantil detectó que acababa todas las tareas muy rápido y después era incapaz de quedarme quieto”. Cuerno estudió Matemáticas y también un máster y un doctorado en la misma materia en la Universidad Autónoma de Madrid, y nunca se le ocurrió pedir ni siquiera el tiempo extra de examen que sí tuvo, por ejemplo, en las pruebas de acceso a la universidad. “Para entonces, mi diagnóstico quedaba muy lejos y no era una etapa en la que yo quisiera ir muy acompañado. No lo vivía como un problema”.

# La universidad ya es para todos

**BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ**  
Barcelona

De los 27.000 matriculados que tiene la Universitat Autònoma (UAB), hace diez años solo cinco alumnos declaraban tener un trastorno del espectro autista. Hoy son 69. En esos mismos diez años, los estudiantes con trastornos del aprendizaje (trastorno de déficit de atención con o sin hiperactividad, dislexia, o una combinación de ambos) en esa universidad han pasado de ser 42 a 371. En otros centros, los números son similares. En la Universitat de Barcelona (UB) se atendió el año pasado a más de 600 alumnos con trastornos del aprendizaje, y eso engloba a los que tienen certificado de discapacidad y a los que no. Ninguno de esos números es definitivo, porque dejan fuera tanto a los estudiantes que no han sido diagnosticados como a los que han preferido no comunicarlo a la universidad.

Pero esas cifras sí son elocuentes: en la pasada década empezaron a llegar masivamente a la universidad los niños que fueron diagnosticados en la primera década del siglo, cuando se disparó la detección de cuestiones relacionadas con la neurodiversidad. Son, en el mejor de los casos, jóvenes que se encontraron con escuelas e institutos volcados en atenderles, con maestros de educación especial y refuerzos fuera del aula, acostumbrados a que se

# R

## EL REPORTAJE

*Los niños que recibían diagnósticos de TDAH o dislexia quedaban relegados. Ahora la educación superior se adapta a sus necesidades*

les adaptaran, entre otras cosas, los formatos de examen, y que al llegar a la educación superior, con una autoconciencia muy alejada del estigma de décadas pasadas, han exigido los mismos derechos.

A la universidad no le ha quedado otra que adaptarse. “Por lo general, el profesorado más joven está muy abierto a atender a la diversidad, los profesores veteranos se encuentran con que antes las clases eran muy homogéneas porque estos chicos y chicas no llegaban, se consideraban fracaso escolar. Por suerte la sociedad es diversa y la sociedad refleja esa diversidad”, dice Anabel Galán, vicerrectora de Alumnado y Ocupabilidad en la UAB y la persona encargada de aplicar esos cambios necesarios para que las carreras no sean hostiles a los estudiantes con neurodivergencias.

Desde hace algunos años existe en esa universidad una figura en cada facultad que se encarga de coordinar a todo el alumnado que tenga necesidades especiales y todos los docentes nuevos que se incorporan están obligados a hacer un curso específico en el que se les prepara para hacer adaptaciones curriculares y para tener en cuenta posibles situaciones que se les pueden presentar en el aula: desde alumnos con TEA que se bloquean a la hora de hacer presentaciones orales o debates hasta estudiantes que pueden necesitar llevar tapones de espuma para aislarse del ruido o sentarse lejos de la puerta, pasando por perso-

nas que, debido a un trastorno obsesivo compulsivo (TOC) quizá no soportan la presencia de un reloj en el aula que haga tic tac.

Atender a la neurodiversidad implica entender que algunos alumnos necesitarán un portátil para su examen para evitar escribir a mano (la universidad les ofrece uno especial, sin conexión a internet) o que los alumnos con dislexia, discalculia o disortografía necesitan materiales impresos a cuerpo 12 como mínimo, y con

**“El profesorado más joven está muy abierto a atender a la diversidad”, dice Anabel Galán**

tipografía de palo. Eso al margen de las medidas que ya están repetidas también en las PAU y en casi todas las universidades, como dar entre un 25% y un tercio del tiempo de examen extra a alumnos con este tipo de diagnósticos.

En la Autónoma se encontraron con una mayor incidencia de casos de espectro autista en las ingenierías y allí se estableció un grupo de ayuda mutua, formado por estudiantes que se reúnen y comentan las complejidades que se van encontrando. En la Universitat de Barcelona no han detectado tanto esa diferencia de las ingenierías respecto a otros grados.

Pero Rosa Albalat, profesora en los grados de Química e Ingeniería Química, sí cree que “las personas con TEA que tienen superintereses, temas que les pueden interesar con cierta fijación, quizá sí se sienten más atraídos por una ingeniería”.

Albalat es una de esas docentes veteranas que lleva décadas esforzándose por hacer de la universidad un lugar más cómodo para todo tipo de personas. “Veíamos en el laboratorio gente que funciona muy bien, que hace preguntas muy interesantes, pero que después no lo reflejaba en los exámenes por sus inseguridades. Son gente que a veces llega con mochilas muy cargadas, que ha podido sufrir *bullying* y que cuando ha llegado hasta aquí es porque ha superado muchas dificultades. Nosotros tenemos que hacerles la vida más fácil sin regalarles nada; ellos se sacan el grado como el resto de personas”.

Hay distintas maneras de incorporar a estos estudiantes neurodiversos o con dificultades de aprendizaje a los programas de inclusión: o bien porque ya se han presentado ellos con su diagnóstico (esto es cada vez más frecuente y está relacionado con la relajación del estigma), porque lo han hablado con un profesor en concreto o porque han sido los docentes quienes han detectado algo.

Algo así sucedió cuando Albalat conoció a María Dolores González, una alumna ya graduada en Ingeniería Química que llegó a la



**Ona Orduña.** tuvo mucho apoyo tanto durante su etapa en infantil como en secundaria

facultad con un diagnóstico de dislexia. La profesora notó que podría haber algo más y le recomendó una reevaluación que se zanjó con un diagnóstico de Asperger, un trastorno del espectro autista. A partir de ahí trataron de acompañarla buscando ayuda extra en la Fundación Asperger Catalunya, hablando con su familia y, cuando llegó el momento de hacer prácticas en una empresa, también con sus empleadores.

“A veces nos llegan chicos con depresión y lo que tienen es TEA”, apunta también Albalat, que suele hacer pedagogía a sus propios compañeros para que comprendan que a veces un alumno con TOC (trastorno obsesivo compulsivo) puede resultar “agotador” en un laboratorio, que si alguien con TEA requiere 12 aclaraciones para las 12 preguntas de un examen no está siendo fastidioso sino que realmente tiene problemas para entender un enunciado ambiguo, o que secretaría debe permitir a un alumno desmatricularse fuera de plazo si el hecho de haberse matriculado a demasiadas asignaturas le genera una angustia imposible de gestionar.

En este último caso, además, no había prejuicio económico puesto que era un alumno con discapacidad reconocida que no pagaba matrícula. Un aspecto que están trabajando ahora en la UB es el de la confidencialidad: permitir que ese 25% de tiempo extra que tienen los estudiantes con diagnósti-



MARTI GELABERT

## Ona Orduña: estudiante de Educación

■ Ona Orduña, de 21 años, sabe que tiene dislexia desde los seis. Y cuando empezó a estudiar el grado de Educación Primaria vio que no lograba concentrarse, pasó unas pruebas y le detectaron también TDAH. En la Blanquerna-Ramon Llull dejó de tener adaptaciones curriculares, aunque sí se le conceden 15 minutos más por examen. “Una profesora llegó a decirme que cómo quiero ser maestra si soy disléxica y hago faltas, que cómo voy a

escribir en la pizarra. Me sorprende en una facultad de Educación. Si estás dando clases sobre trastornos del aprendizaje, ¿por qué no se lo aplican?”. Cree que la gente disléxica está llegando en números muy altos a la universidad y no debería verse como excepcional, por lo que reclama, entre otras cosas, que haya un recuento diferente de las faltas de ortografía. “No puede ser que me quede suspendido un examen por faltas”.

cos diagnosticados que ya no se genera tanto ese sentirse diferente. Pero sigue teniendo pacientes muy reticentes a pedir adaptaciones curriculares. Cita el caso de un chico con dislexia y altas capacidades a quien está tratando ahora, que se resistía a pedir esas ventajas en su centro escolar diciendo: “Yo no soy el tontito”.

Como casi todo, flexibilizar la universidad y hacerla menos hostil requiere buena voluntad, pero también presupuesto, como reclaman tanto instituciones como docentes, teniendo en cuenta además que la precariedad en el profesorado universi-

## N. Gómez: “Me han acusado de hacer ‘pedagogía asistencial’, dar a las alumnas demasiada asistencia”

cos reconocidos lo puedan disfrutar en un aula separada sin necesidad de que sus compañeros lo vean y les puedan cuestionar por eso, como a veces sucede.

“Si una persona neurotípica ha tenido un mal examen y ve que un compañero con neurodiversidad ha tenido esa ventaja, se pueden producir comentarios, pero suelen ser cosas puntuales, que vienen de la visceralidad”, confirma Cristófol Llompart, psicólogo infantojuvenil especializado en trastornos de aprendizaje. En sus años de dedicación, Llompart sí ha visto diluirse cierto estigma o vergüenza asociados a estos diagnósticos, debido casi a una cuestión numérica: en primaria y en secundaria, hay tantos alum-

tario es una realidad sangrante.

Núria Gómez Gabriel es una de esas docentes móviles, que imparte asignaturas de arte en tres centros distintos: la Escola Masana, BAU y la Escac. Ha visto de todo. “En uno de los centros en los que doy clase me llegaron a acusar de hacer ‘pedagogía asistencial’, es decir, de dar demasiada asistencia a las alumnas”, denuncia. “He hecho cursos de adaptación a la neurodiversidad y me han parecido muy interesantes, aunque me han abierto más preguntas que respuestas. Te lo marcan como unas competencias éticas del profesor, cuando son temas jurídico-laborales. Lo que tiene que cambiar es la filosofía de las universidades”.